

PRIMERA PARTE

VAMPIROS EN LA ANTIGÜEDAD

CAPÍTULO I

Introducción. — Qué entendemos por vampiro.

Lo más sorprendente de la historia de los vampiros es que compartieron con nuestros grandes filósofos el honor de haber asombrado al siglo XVIII; de este modo, aterrorizaron Lorena, Prusia, Silesia, Polonia, Moravia, Austria, Rusia, Bohemia y todo el norte de Europa, mientras los sabios de Inglaterra y de Francia derribaban con mano audaz y segura las supersticiones y los errores populares.

Es cierto que cada siglo ha tenido sus modas; cada país, como observa Dom Calmet, ha tenido sus preveniciones y sus enfermedades; pero los vampiros no aparecieron con todo su esplendor en los siglos bárbaros y entre los pueblos salvajes; aparecieron en el siglo de Diderot y de Voltaire, en una Europa que se llamaba a sí misma civilizada.

Y mientras estos espectros desolaban el Norte, el Sur exorcizaba a los poseídos; España e Italia condenaba a los brujos; París fue testigo de las convulsiones en el cementerio de Saint-Médard.

El nombre de *upiers*, *upires*, y más generalmente *vampiros*, se daba a «hombres muertos desde hacía varios años, o al menos desde hacía varios meses, que regresaban a la vida *en cuerpo y alma*, hablaban, caminaban,

invadían las aldeas, maltrataban a las personas y a los animales, succionaban la sangre de las personas cercanas hasta consumirlos y finalmente les provocaban la muerte¹. Sólo se podía uno deshacer de sus peligrosas visitas e invasiones exhumándolos, empalándolos, cortándoles la cabeza, arrancándoles el corazón o quemándolos. Aquellos que morían succionados se convertían a su vez en vampiros»

El pequeño número de estudiosos que hasta ahora han escrito sobre los vampiros sostienen que en la Antigüedad no se tenía conocimiento de este tipo de espectros. Quizás no sea imposible demostrar que los antiguos también tenían sus vampiros; y esto es lo que vamos a probar antes de pasar a las aventuras más recientes.

En esta primera parte hablaremos de los diferentes vampiros que pudieron haberse aparecido hasta aproximadamente el siglo XII. En la segunda parte seguiremos a estos espectros hasta sus días de gloria, y hasta la decadencia del vampirismo a mediados del siglo pasado.

1. Esta es la definición dada por Dom Calmet.

CAPITULO II

De las apariciones entre los pueblos antiguos.

Un vampiro es un muerto que sale de la tumba, un fantasma material que se aparece, que atormenta, que anuncia la muerte, que la inflige y contra el que es necesario actuar.

No hace falta decir que las apariciones eran objeto de creencias sagradas entre todas las naciones antiguas. En la infancia de los pueblos, es decir en todas las épocas de ignorancia y barbarie, los seres humanos que vivían aislados sentían terror e inmediatamente producían supersticiones.

Encontraron en sus corazones la certeza de la existencia de un Dios; pero el sentimiento de libre albedrío (que no puede existir a no ser que el mundo sea una mezcla de bienes y de males, de vicios y de virtudes) formaba parte de una metafísica demasiado profunda para impresionar a las almas toscas. Imaginaron un genio malféfico que regía todos los males de la tierra y que estaba en continua oposición con Dios, autor del bien, creador y conservador de la naturaleza; le asignaron a este genio maligno espíritus subalternos, ejecutores de sus órdenes. Estos espíritus enviaban tormentas, meteoritos, temporales; pero sólo se mostraban de noche, porque temían a Dios, que era mucho más poderoso que ellos. Los habitantes de las costas de Bretaña, que todavía pueden darnos una idea de la infancia de los pueblos, conservan todas estas creencias. Entre ellos, el *hombre rojo* deambula de noche por las orillas del mar, y precipita allí a los

imprudentes que se atreven a cruzarse con él; el *fantasma volador* arranca árboles, derriba chozas. Mil espectros similares siembran el miedo en las cabañas. El campesino bretón mezcla, en su mente confundida, el murmullo de los vientos o el sonido lejano de las olas inquietas con los gritos de un desdichado a quien los demonios sofocan o arrastran al interior de las olas. Es muy probable que todos los pueblos antiguos tuvieran ideas similares.

Ahora bien, cuando un individuo que se había extraviado moría a manos de bandidos, o bajo los embates de la tormenta, o por cualquier otro accidente, se propalaba que un genio maligno lo había matado. Se inventaron incluso *ángeles de la muerte*, demonios que venían a coger y a llevarse al ser que dejaba este mundo. Por tanto, no se creía que la muerte constituyera un aniquilamiento total: se sabía ya que el alma sobrevive a sus restos. Y de ahí al sistema de los aparecidos sólo había un paso. El alma que había sido arrancada de tiernos afectos iba gimiendo por los lugares que había amado. La sombra del maléfico venía para asustar a sus enemigos, para atormentarlos, para anunciarles la muerte.

Cuando la bruja de Endor hace aparecer a Samuel ante Saúl, el fantasma le dice al rey: *Mañana tú y tus hijos vendréis a uniros conmigo*. Ciertamente por entonces la creencia en las apariciones estaba muy extendida entre los judíos, ya que Saúl pidió una mujer que supiera evocar *espíritus* o *aparecidos*.

Anquises se muestra a su hijo en la *Eneida*; Rómulo se aparece después de su muerte; hay apariciones en Homero y en todos los monumentos antiguos; y sin duda entre los espectros de aquella época ya había *vampiros*, ya

que se les ofrecía sangre. Cuando Odiseo evoca la sombra de su madre, le hace beber *sangre de carnero negro*; y todas las demás sombras están tan ansiosas por esa golosina que se ve obligado a ahuyentarlas violentamente para dejar a Anticlea todos los placeres del banquete.